

MARÍN, H.: *El hombre y sus alrededores. Estudios de filosofía del hombre y de la cultura*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2013, 266 páginas.

Pedro Jesús Teruel
Universidad CEU Cardenal Herrera (España)

El presente volumen constituye el reverso de la trama que vertebra a su predecesor. En *Teoría de la cordura y de los hábitos del corazón* (Pre-Textos, Valencia 2010), Higinio Marín había desplegado una reflexión dialéctica para individualizar la génesis de lo humano: de lo biológica y culturalmente heredado a la autoposición del sujeto, para llegar a su síntesis en la relacionalidad y sus aledaños. Precisamente de esos aledaños trata esta obra, que nos deja entrever ese *rumiar* intelectual del que brotó *Teoría de la cordura* y nos permite ahondar en algunos de los “alrededores” a los que bellamente se refiere el autor –tomando prestada la expresión del añorado Jorge Vicente Arregui– en el título del libro.

El hombre y sus alrededores recoge once capítulos sobre temas cuya interrelación no resulta *prima facie* evidente. La mayoría de ellos reproduce conferencias pronunciadas en diversas instituciones (fundamentalmente educativas) durante un arco de tiempo que coincide con la gestación de *Teoría de la cordura*. Se trata –por orden cronológico y no según la estructura final de la obra– de “La esperanza: lo que el diablo no se espera” (2005), “Sobre razón y fe” (2007), “La originalidad del matrimonio” (2008), “Las fuentes de la autoridad” (2008), “Antropología de la familia” (2010), “La manipulación del deseo” (2011), “El ocio y la fiesta” (2012) y “La Universidad como excepción” (2012). A ellas se suman el capítulo sobre el perdón, en gran parte incorporado a *Teoría de la cordura*, y los escritos inéditos “Sobre la televisión. Espectadores y espectros” y “La ausencia de Dios. Consideraciones sobre el pecado original”.

En las páginas de *Thémata* he señalado cómo, a mi modo de ver, *Teoría de la cordura* halla en la noción de piedad la nave central de su arquitectura especulativa. Más difícil resulta individualizar las líneas de fuerza del presente volumen, puesto que no expone un texto unitario sino una miscelánea y da pábulos así al riesgo inherente a lo centrífugo. Sin embargo, el autor se ha cuidado

de organizar las distintas aportaciones en núcleos temáticamente coherentes e incluso complementarios: de los ensayos consagrados a la familia (parte I) y a las modulaciones humanas del deseo (parte II) a los que dedica al enlace entre culpa y redención (parte III) y al nexo entre razón y fe (parte IV). Cada una de estas secciones exhibe nudos argumentales cuya conexión dibuja el mapa de una antropología filosófica y de una filosofía de la cultura orgánicamente enlazadas. Entre ellos, la cuestión del deseo ocupará durante los próximos años un lugar prioritario en las reflexiones del autor, tal y como declaró durante la presentación del libro en Murcia.

Quisiera referirme aquí a uno de los nudos que subyacen al primoroso bordado tejido en *Teoría de la cordura* y que el autor expone aquí a la luz. En el reverso de la piedad, como su apropiación auténticamente humana, se halla el agradecimiento. *More marinio* se podría decir que la gratitud y sus expresiones son la forma bajo la que la piedad comparece en las circunstancias ordinarias de la vida.

Abordar la relación entre piedad y gratitud equivale a pulsar una de las cuerdas más sensibles de la historia del pensamiento. *More kantiano* se podría expresar esto apelando a un concepto quizá no inmediatamente visible pero sí central en la obra del pensador de Königsberg: la noción de *Achtung*. Se trata del respeto que se nutre hacia la ley moral, consecuencia de haber descubierto su primacía, en el orden de los principios, respecto de cualquier otra determinación de la voluntad. Cuando la ley moral aparece ejemplificada en personas que nos la hacen presente, ese respeto se troca en *Dankbarkeit*, gratitud.

Marín diría quizá que a la gratitud kantiana le falta algún ingrediente para transformarse en fiesta. Si atendemos a la imaginería que ha generado el pensador prusiano, bien pudiera ser. Puede que el *quid* del asunto estribe en cómo se conciba el nexo entre autonomía y filiación. «Creo que se puede entender bien lo anterior», señala Marín aludiendo a la fiesta como corolario de lo humano, «si apelamos a nuestra experiencia; y en concreto si recordamos la mirada con la que nos damos por satisfechos ante una labor recién acabada y que ha salido bien. Seguro que en tal situación (...) hemos pronunciado un “sí”, una afirmación que ratifica lo hecho como bien hecho. Pues bien, para celebrar una fiesta es necesario poder ver algo o alguien así, (...) pero con la certeza de que no es obra nuestra y que, por tanto, afirmar lo bueno que es que exista y que sea así, es también sentir la inmensa fortuna que nos ha tocado en suerte y, por tanto, la desbordante gratitud que sentimos por su existencia. Esa gozosa ratificación de la realidad es la fuente genuina de la fiesta» (p. 127).

Saberse amado a través de las luces y sombras del mundo es el motivo para una fiesta que neutraliza la pulsión de dominio, fáctico o intelectual, del presente. «No tienes que entender la vida», escribe Rilke, «entonces, se conver-

tirá en una fiesta». El culto poeta bohemio no invitaba con ello a renunciar al saber, sino a subsumirlo en la gratitud.

El paso de la experiencia de la gratitud al presentimiento agradecido de la filiación es llevado a cabo en el ulterior movimiento especulativo de la obra. El autor lo dedica al enlace entre razón y fe y a ese modo particular de existencia encarnado por la vida universitaria. Y es que la tarea intelectual –búsqueda inquisitiva de la verdad, solidaria con los que también la persiguen– se desborda en una comunicación que no la agota: constituye, en su fuente primera, una de las obras del amor. A la luz de esto se entiende por qué la Universidad es, para Marín y para los que tenemos la inmensa fortuna de compartir sus quehaceres en ella, una fiesta solemne y gozosa.